

2

La novela proletaria

25
ct



José

Antonio BALBONTÍN

*Una
pedrada
a la Virgen*

LA NOVELA PROLETARIA

PUBLICACION SEMANAL

Director: ALFONSO MARTINEZ CARRASCO

Año I

6 de Mayo de 1932

Núm. 2

Una pedrada a la Virgen

por

JOSE ANTONIO BALBONTIN

Portada de ALCARAZ



EDICIONES LIBERTAD

Calle de Roma, 41

MADRID

Ayuntamiento de Madrid

LA NOVELA PROLETARIA

Publicación Semanal

Director: ALFONSO MARTÍNEZ CARRASCO

PRECIOS: 10 céntimos de peseta. Año 10 pesetas. Extranjero 12 pesetas.

Una verdadera y la verdad

JOSE ANTONIO BARRAL

Revista de Actualidad



EDICIONES LIBERTAD

Calle de la Princesa, 30
MADRID

Imp. Campos (hijos).—Castelar, 30, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

Retrato literario de Balbontín

El brioso escritor revolucionario se nos muestra pujante y seguro en estas líneas, que contienen toda una honda tragedia, escrita por las fieras del clericalismo en la carne del pueblo, tantas veces inmolada.

Hélo aquí, lector, ansioso de revolución y de justicia. He aquí al caudillo viril, que a igual de Dantón, en los días gloriosos de la Revolución francesa, hace oír sus gritos de paladín del pueblo. ¡Salve!

Balbontín significa, dentro de la española revolución en marcha, la estrella anunciadora del nacimiento insigne de una democracia juvenil, desprovista de fetiches, de sayones y hasta de Judas.

En el Parlamento, Balbontín es la voz de las muchedumbres traicionadas. Su timbre de voz resuena en la Cámara

como en la leyenda bíblica las trompetas ante Jericó. Pero ante un Jericó poblado de cursilería, de rutina y de amoralidad política. En la tribuna, es la esperanza de la multitud anhelante de una justicia que pudo llegar como aurora de serenos resplandores y llegará en brazos del huracán, con fulgores de tormenta.

Sobre las cuartillas es el espíritu castellano que hizo erguirse a los Comuneros ante el feroz Carlos V y sus negros pajarracos, explotadores de la generosa España. Su pluma siempre escribe al rojo, porque siempre escribe humedecida en la propia sangre del proletariado, esa bendita sangre que va ofrendándose como tributo al anhelo de una Humanidad mejor.

En la intimidad, Balbontín es el niño audaz, que con fe de hombre, destroza las mentiras convencionales de una sociedad que se derrumba estrepitosamente. Como los niños, cuando juegan con un muñeco de trapo, él quiere destrozar el monstruoso juguete con que se

divierten los burgueses sin conciencia y los politicastros sin escrúpulos. Ese juguete es la España tradicional, tan viva hoy como antes.

II

Ahora tenemos a Balbontín amigo. Es decir, no lo tenemos, vamos a buscarlo. El dar con él a poco nos cuesta saltarnos los pocos sesos que nos quedan subiendo las viejas escaleras de la casa donde habita.

Entramos en un cuarto, que seguramente los pontífices del socialismo desdenarían por modesto. En un recibidor sencillo hallamos a unas pobres gentes —gentes del pueblo— que esperan: éstos, al Balbontín abogado, que ha de defenderlos gratis; aquéllos, al Balbontín político, para confiarle algunas de sus trágicas desventuras; otros, al Balbontín bondadoso, que ha de hacerles algún favor, el cual pagarán con nobleza y con fe, en moneda del corazón.

Oímos una voz gangosa, que vence al

impertinente timbre del teléfono. Entramos. Ya tenemos cara a cara al diputado por Sevilla.

¡Caramba! Esperábamos encontrar-nos a un hombre feroz, de coléricas facciones y terrible aspecto, y nos hallamos con un hombre sencillo, amable, bondadoso.

No vale. Nos han engañado. Nosotros hubiéramos querido verlo tal y como lo pintan los periódicos clericales y burgueses; pero, ¡qué se le va a hacer!, ya tenemos al Balbontín auténtico. Ahí va, lector. Entiéndetelas tú con él.

Una pedrada a la Virgen

Jesús del Gran Poder

Un amigo artista, deambulante y divagador, ligeramente frívolo para la vida y para el arte, me había conducido dulcemente, como Virgilio al Dante, en aquella magnífica noche de Semana Santa, al través del embrujo de Sevilla.

Habíamos contemplado a media noche la salida del Cristo del Gran Poder, plateado de luna. Toda la gran plaza, abarrotada de una multitud rumorosa como una fronda en día de aire, enmudeció al aparecer el Cristo, bajo la influencia de no sé qué extraño sortilegio. Y el Cristo pasó solemnemente sobre el silencio de la multitud como una aparición de leyenda.

Comentaba yo el raro fenómeno con mi amigo, desde el punto de vista de mis preocupaciones político-sociales. ¿Cómo era posible que el pueblo, o

al menos una parte considerable del mismo, siguiera creyendo en el mito del Hombre-Dios?

Según el dogma católico Dios vino a la Tierra, bajo la figura de Jesús, para redimir a los hombres. Pero el hecho indiscutible es que han pasado veinte siglos desde la supuesta visita de Dios y ninguno de nuestros males ha tenido remedio. Seguimos padeciendo la guerra, el hambre, la enfermedad, la muerte, la injusticia, etc. ¿Qué virtualidad positiva ha tenido, pues, la encarnación de Dios sobre la Tierra?

Se nos dice que la redención sólo tiene efecto en la otra vida para los que han hecho méritos en ésta, dentro del seno de la Iglesia. Resulta, entonces, que Dios no vino a redimir a todos los hombres, sino sólo a unos pocos, a los que se llevan bien con el clero católico. ¿No es esta pequeñez partidista enteramente indigna de un Dios? ¿No es también absurdo que un Dios infinitamente generoso, para concedernos un bien que está en su mano, nos exija sacrificios?

Y sobre todo: ¿no es increíblemente cruel y antihumano que Dios, para apiadarse de la Humanidad, exigiese como condición previa que los hombres crucificasen a su Hijo celestial en el que “tenía todas sus complacencias”? ¿No es esto ab-

solitamente monstruoso? Decía muy bien Diderot a este respecto: "Ningún padre honrado de la Tierra haría eso que los católicos atribuyen a su Padre celeste".

Mi amigo, artista, enfocaba la cuestión al través de su prisma estético. Yo creo—me decía—que en el fondo de todo esto que se llama religiosidad española no hay más que un amor instintivo del pueblo—y especialmente del pueblo andaluz—a la divinidad de la Belleza. Jesús crucificado por el amor de todos, en plena juventud, es un símbolo estético que ha de ejercer siempre un influjo poderoso sobre el alma colectiva de los pueblos artistas.

Pero ¿es que pierde un ápice—le replicaba yo—la belleza de este símbolo, despojándole en absoluto de todo carácter celestial? ¿Por qué obstinarse en apartar a Jesús de la entraña viva de la Especie? Desde que sé que Cristo es un hombre como yo, su sacrificio se agiganta a mis ojos, y me produce una emoción entrañable que en modo alguno podría sugerirme la fingida crucifixión de un Dios, del que se me dice que es por naturaleza inmortal e impasible y absolutamente feliz antes y después de pasar por la Tierra.

Mi amigo me interrumpió diciendo: Dejémonos

ahora de reflexiones filosóficas y entreguémonos a la magia inefable de esta bellísima noche sevillana. Mira qué bonita es esa muchacha que va a cantar una saeta.

En efecto: una virgen, morena, finamente sensual, de esas que sólo florecen entre las rejas de Sevilla, acababa de detener el "paso" del Cristo para consagrarle este cantar:

Por el amor te mataron,

Padrecito del Amor.

Un amor llevo en el alma:

¡no me lo mates, Señor!

Aproveché la estela de silencio que había dejado tras de sí la saeta cálida y temblorosa, para decirle a mi amigo: ¿Has entendido bien la letra? Hay algo más vital y más hondo que el amor a la belleza en el sentimiento religioso. Hay el anhelo atormentado de un auxilio eficaz para las flaquezas humanas, el afán de que alguien, más poderoso que nosotros, evite que se nos vaya el amor, o se nos quiebre la salud, o se nos muera el hijo.

Y esto es lo terrible. Los hombres—como Cristo en la cruz—piden constantemente auxilio a un Dios que no les escucha, que no puede escucharles, porque no existe. Si existiera Dios no necesitaría tan-

tas plegarias para haber remediado ya por su cuenta todas las miserias del universo.

Los hombres no tienen para la realización de sus fines más fuerza que la suya. Esta es la gran verdad que hay que enseñar al pueblo. Lo demás—como decía Carlos Marx certeramente—aunque se llame religión no pasa de ser “opio”, que parece consolar al hombre momentáneamente, pero en último término le debilita y le quebranta.

La Virgen de la Estrella

Habíamos pasado toda la noche divagando, entre la multitud, sobre los eternos problemas de la Filosofía y del Arte, y ahora nos hallábamos ante una escena totalmente distinta de la salida apacible de Jesús, bajo los lirios de la luna, entre los brazos de la cofradía del silencio.

El sol bombardeaba en este momento las calles de Sevilla, y en otra gran plaza populosa, entre gritos, cantares y piropos encendidos, que de puro entusiastas rozaban la blasfemia, avanzaba hacia su templo, materialmente empujada por la muchedumbre, la Virgen de la Estrella, coronada y altiva, cubierta de sedas, terciopelos y alhajas, hierá-

tica y magnífica, dominante y deslumbradora como una reina egipcia.

¿Era así María, esposa de José, el carpintero, madre de Jesús?

Mi amigo artista, al dirigirle yo esta pregunta, sostenía que nadie sabe bien, dada la insuficiencia de los textos, cómo era en realidad la virgen María, y que esto autoriza al arte para plasmarla con absoluta libertad imaginativa. Por lo demás, mi amigo artista encontraba natural que la Iglesia católica trate de estilizar a la Virgen María de la manera más rica y más espléndida para excitar la veneración de los fieles.

Se sabe muy poco, efectivamente, de la vida real de la Virgen María; menos aún que de la vida de Jesús, acerca del cual no faltan eruditos que sostengan que no tuvo existencia histórica y que no es sino un mito de origen griego, trasplantado a las religiones de Occidente. Pero si hemos de conceder algún valor documental a los evangelios, pese a sus múltiples contradicciones y errores manifiestos, habremos de reconocer que hace veinte siglos vivió en Nazaret un hombre de sentimientos generosos y elocuencia subyugadora, llamado Jesús, hijo de María.

No aparece claro en los textos si Jesús era hijo

de José, o de otro hombre que hubiera obtenido con anterioridad el amor de María. El evangelista Mateo, que es el más ingenuo de todos, nos refiere en el versículo 25 del capítulo 1.º, que José no “conoció” a María—esto es, en el lenguaje bíblico: no “cohabitó” con ella—hasta que parió a su hijo primogénito, al que llamó Jesús. Esta circunstancia explicaría el gran amor de María hacia su hijo Jesús, al que veía poco apreciado por sus hijos posteriores y, sobre todo, por su esposo José, a quien no vemos en una sola escena evangélica en contacto directo con el hijo de María, ni siquiera en los días de la pasión.

Sea de esto lo que quiera, María se nos presenta, al través de la crónica evangélica, como una pobre madre—parecida al prototipo de la novela de Gorki—, como una madre desventurada que no comprende bien los idealismos de su hijo, que tiene miedo de su exaltación, que procura apartarle continuamente de los peligros que le acechan, y que, no pudiendo conseguirlo, cae traspasada de dolor al morir su hijo, y no al pie de la cruz, como refiere la leyenda de que se hace eco el evangelio compuesto de Juan, sino lejos del Calvario—según el relato sincero de los evangelistas Mateo, Marcos y Lucas—, tal vez en la miserable carpintería de

Nazaret, sin fuerzas ni recursos para proporcionarse el mínimo consuelo de abrazar al hijo muerto.

Una pobre madre dispuesta a todos los sacrificios por salvar a su hijo, pero impotente en absoluto para hacer nada en su favor. Esto fué la virgen María. Desde luego, no usó nunca joyas como la Virgen de la Estrella. Vivió y murió en la miseria propia del hogar de un carpintero de Nazaret. Comía escasamente y andaba descalza. Si la pobre María levantase ahora la cabeza y viese cómo la enojan y entronizan los descendientes de los fariseos que mataron a su hijo, no se reconocería a sí misma, aunque sí identificaría a estos nuevos fariseos con la estampa de aquellos otros de Jerusalén a los que llamara Jesús "sepulcros blanqueados", que tenían la brillantez por fuera y la carroña en el corazón.

La pedrada

Un incidente inesperado vino a interrumpir nuestras reflexiones sobre la vida real de María. A punto de entrar en su templo la Virgen de la Estrella, recibió una pedrada que le derribó la corona.

El tumulto provocado por el pánico, inevitable en tales casos, se mezcló con el escándalo de los fanáticos heridos en lo más vivo. Se oían gritos que pedían auxilio y otros que clamaban al Cielo: “¡Sacrilegio! ¡Le han tirado una pedrada a la Virgen! ¡Maldición!”

Los guardias de asalto, inventados por un tal Galarza para pacificar tumultos populares, vinieron como de costumbre a complicar la situación, repartiendo mandobles a diestra y siniestra, sin distinguir de matices entre sus víctimas, ni respetar siquiera a los “nazarenos” del “paso”, quienes en vano pretendían defenderse con los cucuruchos de Arlequin que se ponen en la cabeza, a guisa de astrólogos carnavalescos, para este género de fiestas, con objeto de excitar la curiosidad de los forasteros.

Mi amigo y yo procuramos abrírnos camino entre la revuelta para enterarnos bien de lo ocurrido. Cerca del lugar del suceso le oímos decir a un obrero: “¡Dejadle! Es un chiquillo”.

Y entonces contemplamos una escena espantosa. El presunto culpable de la pedrada, un niño de unos doce años, paliducho y enclenque, yacía en el suelo con la blusilla desgarrada, con un pie descalzado, con la cara sangrante, pisoteado, tun-

dido, y a punto de ser muerto por una turba de cafres con ideas católicas. En el grupo infanticida figuraban algunas señoras con sombrero y crucifijo de oro al pecho, que utilizaban la sombrilla a manera de lanza salvaje.

Cuando yo me disponía, contra el prudente parecer del artista, a defender a la pobre criatura caída, con las uñas y con los dientes, una mujer más fuerte y exaltada que yo hizo innecesario mi esfuerzo. Se abrió camino gritando con furia irresistible: "¡Paso, cobardes! ¡Es mi hijo" La dejaron pasar impresionados; cogió al niño en sus brazos; le cubrió la cara de besos y lágrimas, y antes de que aquellos bárbaros tuviesen tiempo de reaccionar, salió corriendo con su presa adorada en el regazo, tomó un coche próximo y desapareció rápidamente.

Si viviéramos en la Edad Media, propicia a todos los desvaríos de la imaginación, yo podría decirles ahora a mis lectores que aquella mujer era la propia Virgen María que había descendido de su "paso", sin corona y sin manto de terciopelo, para proteger a su minúsculo agresor; pero como en estos tiempos realistas que padecemos, las Virgenes de los altares, cada vez más aburguesadas, no hacen ya milagros de este tipo, no tengo más

remedio que declarar, como cronista fiel, que la salvadora del niño era una mujer sencilla del pueblo, bella y fina, como todas las mujeres andaluzas, pero a todas luces desventurada, con las huellas —a la vez miserables y gloriosas— del trabajo cotidiano; una de esas pobres y valientes obreras de Sevilla, que, en su mayor parte, no creen ya en la Virgen ni en Dios.

El Niño-Dios y los niños del pueblo

La cosa más terrible de la Historia de España —y acaso, de la vida entera de la Humanidad— es la quema de niños herejes.

Resulta increíble de puro bestial, pero es rigurosamente cierto: el Tribunal de la Inquisición, amparado y protegido por la Iglesia católica, llegó a cometer la ferocidad de quemar vivos niños de ocho a diez años, simplemente porque eran hijos de herejes y había que acabar de raíz con la semilla.

Los niños herejes de hoy son, naturalmente, los hijos de los trabajadores. Y los católicos de nuestros días, fieles a su tradición, siguen actuando fren-

te a ellos con la misma fiera que en los tiempos de más intensa negrura medieval.

Recientemente hemos presenciado un espectáculo que no podremos olvidar jamás. La Guardia civil había matado en Arnedo a un niño de dos meses en brazos de su madre, que también cayó muerta. Pues bien; con este motivo y a los pocos días de ocurrida esa monstruosidad, sin que nadie acudiese a repararla, las señoras católicas de Madrid, de Sevilla y de otras ciudades españolas, celebraron actos públicos de homenaje a la Guardia civil, y acudieron en manadas a estampar sus firmas en unas cariñosas listas de adhesión, como queriendo participar de algún modo en la gloria de aquel acto heroico de asesinar impunemente a un niño de pecho, que tuvo el atrevimiento de intervenir en una manifestación obrera pacífica.

Para la sensibilidad de nuestros católicos no hay más niños respetables que el Niño-Dios y los niños de la aristocracia católica, los cuales son todos, naturalmente, amiguitos predilectos del Niño-Dios y enemigos—por educación, que no por instinto—de los niños del pueblo.

Para el fetiche anticristiano del Niño-Dios, convertido en juguete de lujo, todas las joyas y todas las ofrendas son pocas, por ridículas que a veces

resulten. Yo recuerdo haber visto en una casa particular un Niño-Jesús desnudo con todo el cuerpo de plata y la diminuta virilidad de oro. Es el colmo de la impudicia en todos los sentidos de la palabra.

Se puede asegurar rotundamente que con las alhajas y riquezas que en este momento soporta sobre sus débiles músculos en España el fetiche del Niño-Dios, podrían nutrirse y educarse cumplidamente todos los hijos de los trabajadores españoles.

Pero, ¿qué les importa a los que mandan la salud y la cultura de los hijos del pueblo? Todo para el fetiche del Niño-Dios y para sus amiguitos preferidos que son los niños de la aristocracia católica, los cuales, por mandato de sus papás, después de engullir unos cuantos bombones de esos que tienen el tamaño de un garbanzo y valen a cinco pesetas cada uno, le besan los pies con mucho mimo a la estatuilla de oro del niño Jesús, para que este les siga regalando en la otra vida bombones de la misma clase, y otras golosinas mejores, por ejemplo: caramelos que tengan dentro lágrimas auténticas de Cristo, de esas que los frailes italianos han convertido en un licor exquisito que facilita la buena digestión.

A los niños del pueblo, ¡que los parta un rayo! Se les puede explotar inicuaamente amarrándolos a las máquinas de la industria textil y a los garfios de la trilla, haciéndoles trabajar diez y doce horas cada día para que se ganen un mendrugo de pan; se les puede matar impunemente en las plazas públicas con el aplauso de las “fuerzas vivas” y sin la protesta de un solo predicador cristiano; se les puede dejar huérfanos y abandonados en el arroyo, deportando a sus padres o pegándolos un tiro en la nuca sin previo aviso; una vez hecho esto, se les puede tratar, sin el menor escrúpulo de conciencia, peor que a los perros vagabundos. Todo ello está permitido y consagrado por la Iglesia de Dios.

Es claro que con este trato los niños del pueblo mueren a montones. España es el país donde perecen más niños en flor. La bestia inmunda de nuestra presente organización social devora todos los años más de medio millón de cadáveres infantiles.

Pero, ¿qué importa todo esto? Con la sangre de esos millares y millones de niños muertos, masacrados y escarnecidos, se puede luego acumular la riqueza necesaria para cubrir de sedas y joyas el fetiche del Niño-Dios y atender al regalo de los que le cuidan.

¿Qué diría y qué haría Jesús ante estas cosas, si pudiera resucitar y esgrimir de nuevo el látigo?

En la casa del «criminal»

Mis benévolo lectores habrán sabido disculpar la divagación del capítulo precedente. Contiene, desmañadamente expuestas, las reflexiones que yo me hice en el camino hacia el hogar del niño que arrojó la piedra contra la corona de la Virgen de la Estrella.

Dadas las tradiciones de la casta dominante en España, temía yo con fundamento que el pobre niño salvado en un trance difícil por el milagro del amor de su madre, siguiera siendo perseguido y acorralado por las “gentes de orden”, hasta lograr su aplastamiento.

La Prensa local había lanzado ya el grito de alarma. Los periódicos de todos los matices, que habían enmudecido ante el asesinato de las mujeres y los niños de Arnedo, clamaban ahora furibundos contra el “caso de salvajismo” de la pedrada a la Virgen, “síntoma de un estado anárquico”, que era necesario “yugular radicalmente”. En el vocerío ululante participaban con especial fervor los perio-

distas, concejales y diputados del partido socialista, capaces de traicionar a sus hermanos de explotación, no ya por treinta monedas de plata, como Judas a Cristo, sino por treinta “perrillas”, como dicen los sevillanos.

Llegado a la casa del autor del “crimen”, me encontré con un ambiente totalmente distinto del que se respiraba en los centros oficiales. En aquella amable casa de vecindad, con patio luminoso, con sus ventanas y azoteas florecidas de rojo, como en una fiesta comunista, con su permanente asamblea popular al aire libre, todos los hombres, todas las mujeres y todos los niños estaban dispuestos a defender a sangre y fuego al chiquillo de la pedrada, contra las iras de sus verdugos.

No pude ver al niño hereje ni a su heroica redentora. Se hallaban en el Hospital, donde curaban al chiquillo de las lesiones sufridas en la refriega.

Pero en mi charla con los buenos vecinos de aquella animada colmena, obtuve datos de gran interés para la explicación psicológica del caso.

La mujer salvadora no era madre del niño. Era soltera, novia de un obrero huelguista, muerto en la batalla social, y como tenía un profundo instinto maternal y estaba resuelta a no casarse por fidelidad al novio mártir, recogió enternecida en su cuchitril,

pese a sus escasos recursos de cigarrera, al pobre chiquillo de la pedrada cuando éste quedó huérfano.

El padre del niño era un honrado zapatero remendón, cojo de una pierna y enteramente imposibilitado para correr, a quien aplicaron la “ley de fugas” en un parque público, a media noche, pretextando que trató de escapar, con su cojera y todo, a las garras de los quince guardias civiles y los diez policías “honorarios” que lo llevaban amarrado.

Parece que el chiquillo era de una finísima sensibilidad y que el asesinato de su padre le removió las más hondas fibras del alma. Al saber que su padre había sido muerto, acudió a su lado y estuvo toda la noche velándole, como un hombre de cuerpo entero. En vez de rezar ni verter lágrimas, lanzaba de tarde en tarde un grito de ira. A la hora del entierro trató de oponerse a que le separasen de su padre. Entonces un cura bárbaro y rollizo le cogió bruscamente del cogote y señalándole una imagen de la Virgen de la Estrella, que ocupaba el altar de la capilla, le dijo con acento de inquisidor: “Mira, si no eres bueno, esa Señora te va a castigar, como ha castigado a tu padre.”

El chiquillo preguntó con cara de espanto: “Pero, ¿ha sido ésa la que ha matado a mi padre?”

Y el cura replicó sin cavilar: “Sí, esa; la Virgen de la Estrella, que castiga a los hombres malos.”

El niño pasó unos días de terrible crisis nerviosa. Todos temían que se volviese loco. Fué entonces cuando lo recogió la mocita cigarrera. Los vecinos le colmaban de atenciones y mimos para animarle. Pero él no abandonaba una manía trágica que se había adueñado de su cerebro:

—Quiero ser hombre, quiero ser hombre fuerte —decía con tesón.

—¿Para qué?—le preguntaban los que ignoraban su delirio.

Y él respondía alucinado:

—Para matar a la Virgen de la Estrella.

En la Iglesia

Me dirigí rápidamente al Hospital. Caía la tarde, dulce y plácida, y la Giralda comenzaba a tocarse con las neblinas de oro vesperales. En el camino me paré un momento para avergonzarme, una vez más, como español y como hombre, ante el ojo siniestro del paredón derruido de la “casa de Cornelio”, la pobre vivienda bárbaramente ametrallada

en pleno régimen republicano, por haber albergado a unos huelguistas, lo mismo exactamente que en los tiempos del derecho penal primitivo, anterior al establecimiento de la "ley del Talión", cuando se castigaba con toda solemnidad, como a los seres inteligentes, a los animales y a las cosas muertas.

Cerca ya del Hospital, topé con una iglesia que parecía desbordante de público. A la puerta había una doble hilera de automóviles de lujo. Me enteré de que se estaba celebrando una función religiosa de desagravio para que a la Virgen de la Estrella se le aliviase el dolor que le hubiese podido producir la pedrada del niño.

¿Qué idea tendrán de la Divinidad estas gentes? ¿Se concibe que si Dios existiera pudiese darle importancia al chinazo de un niño contra una imagen esculpida por un hombre? Supongamos que una hormiga escultora labrase una imagen parecida al hombre—o a la idea que la hormiga tenga del hombre—con un granito de arena; que otra hormiguita do cría profanase el granito humano poniendo sobre él la punta de la patita, y que las otras hormigas celebrasen en un rincón del hormiguero una fiesta de desagravio a la Humanidad. ¿Se enteraría el hombre de semejante función hormigueril?

Penetré un momento en la iglesia, por curiosi-

dad, para ver lo que pasaba dentro, como hubiese podido penetrar en un hormiguero. Paso por alto las escenas inevitables de las parejas de novios que “pelaban la pava” en el recinto del templo; los guiños y risitas de los concurrentes adventicios de ambos sexos, ajenos al tema de la reunión; los ronquidos de las pobres viejas dormidas; las menudas disputas entre comadres por la conquista de un reclinatorio; la rutina del rezo inconsciente; la escasez de almas sinceramente devotas, y tantas otras cositas y cosazas que se saldrían del marco de este relato y que vienen a dar la razón a Cristo cuando prohibía de un modo terminante a sus partidarios acudir a la iglesia, ordenándoles que, para hablar con Dios se replegaran a solas en la habitación más escondida de su casa. (Mateo, capítulo VI, versículos 5 y 6.)

Quiero solamente recoger unas palabras del predicador que estaba perorando cuando yo entré en el templo. “La pedrada de David—decía—fué como la centella de la verdad derribando la aparatosa fuerza del error.”

El pobre orador sagrado, dejándose ofuscar por los precedentes bíblicos, había traído a colación, con motivo del incidente acaecido a la Virgen de la Estrella, la pedrada de David contra el gigante Goliath,

y se había metido en un laberinto sin salida al tratar de interponer diferencias abismales entre las dos pedradas.

Al considerar al chiquillo de la pedrada frente a la gigantesca organización de la Iglesia católica, con todo su poder y todas sus riquezas, no podía uno por menos de colocarle en una situación muy parecida a la de David, pese a todos los esfuerzos retóricos del predicador, extraviado en un descuido incomprensible del Espíritu Santo.

Con esta feliz idea—sugerida por el cura en su discurso de desagravio—, de que el chiquillo de la pedrada era, en efecto, un nuevo David victorioso frente al Goliath de la mentira eclesiástica, salí del templo alegremente.

En el Hospital

La profunda tristeza se apoderó de mí en el Hospital. Encontré a la puerta a mi amigo, el artista, quien me dijo haber tomado unos apuntes interesantísimos ante la escena de la cigarrera junto al lecho del niño, para un cuadro que había concebido con el título de: "La Virgen Madre".

Pero, ¿cómo sigue el chiquillo?—le pregunté con impaciencia.

Y el artista me dijo casi indiferente: "El niño ha muerto a consecuencia de las heridas."

Me indignó que esta noticia, que era la esencial y entrañable, me la diese el artista con frialdad, después de hablarme de su cuadro. Me vino a la memoria una página del libro, frío y seco, de José Ortega y Gasset: "La deshumanización del arte", donde se habla de un pintor que, ante un semejante moribundo—y, al parecer, con la complacencia del autor—, está atento exclusivamente a las líneas y los colores, sin preocuparse lo más mínimo del dolor humano de la escena. Sentí, una vez más, la repulsa de Tolstoy, la aversión de toda conciencia honrada, frente al arte deshumanizado. Si el arte no sirve para reflejar y embellecer la gran pasión humana, si el arte no siente humanamente los dolores del pueblo, ¿para qué sirve el arte?

Me despegué bruscamente del artista con gesto despectivo. Llegué a la sala del dolor, no sé ciertamente para qué, con un ansia confusa de solidaridad y de protesta.

Allí estaba la madre abrazada desesperadamente al hijo muerto. "La virgen madre", que decía el artista; la madre que había concebido al hijo bien-amado, no por obra de varón, sino por milagro del espíritu.

Pero había en aquella mujer algo más profundo y doliente que la madre virginal descubierta por la mirada fría del artista. Había en aquellos ojos cegados de lágrimas, y en aquellas manos temblorosas de espanto, y en aquel corazón transido de ternura, palpitaba en toda aquella figura ennoblecida por el dolor más puro, la encarnación viviente, impresionante de la eterna Madre Dolorosa.

Las escasas personas allí presentes trataban en vano de consolarla con palabras banales. Ella sólo hallaba lenitivo en las últimas sonrisas y dulzuras del niño:

—Me ha llamado madre al morir. “Madrecita buena.” Y me lo dijo sonriendo, como queriendo consolarme, como sintiendo más piedad por mí que por él. ¡Hijo de mi alma!

Al fin se fueron todos. Quedó en soledad la madre pura velando al niño, mirándole fijamente a los ojos, con no sé qué esperanza remota de que resucitase.

Y yo, ante aquel ejemplo sublime de dolor inmaculado, permanecí largo tiempo musitando en la intimidad de mi corazón, con el mismo fervor que puse en mis plegarias inconscientes de niño místico, esta nueva oración humana:

“Bendita seas entre todas las mujeres, tú, mujercita obrera, que fuiste al taller desde niña, que conociste las espinas del trabajo antes que los clavos del amor.

Bendita seas, novia y compañera del obrero rebelde que murió en la calle por el amor de los humildes, como Cristo.

Bendita seas, madre del niño obrero, madre de todos los huérfanos del trabajo, madre de todos los niños vagabundos que se mueren de hambre y de frío en los dinteles, menos felices que los pajarillos del Evangelio.

Exaltada seas por el pueblo, en los altares de la revolución, tú, madrecita obrera, traspasada de todos los puñales de la crueldad y la injusticia, que no llevas corona sobre las sienes como las falsas vírgenes, pero sí tienes un corazón tan grande y tan hermoso como el de aquella otra madre dolorosa del buen Jesús, María, la esposa del carpintero, que si volviese al mundo en este instante sentiría mucho más cariño hacia ti, mujer humana y generosa, que hacia el ídolo de oro, sin alma y sin sentido, que llaman la Virgen de la Estrella.”

José Antonio Balbontín.

Madrid-abril-1932.

El cuarto número de

LA NOVELA PROLETARIA

será original del valeroso revolucionario

CAPITAN SEDILES,

condenado a muerte por el Consejo de guerra de Jaca.

Si queréis sentir os profundamente emocionados, alentados por el brío revolucionario y guiados con certeza por la idea libertadora, no dejéis de leer los magníficos pasajes libertarios que os presenta al rojo y al negro el intrépido capitán de la revolución en marcha.

¡Hurra por la libertad!



**El próximo número
se titulará**

**Las
ánimas
benditas**

por

**EDUARDO
BARRIOBERO**

Los que traicionaron al pueblo

Es una colección de folletos en la cual se exhibe al desnudo a los hombres que traicionaron la revolución española.

He aquí algunos títulos de esta colección: «Maura, el matador», «¡Arza, que viene Galarza!», «El pobrecito Corde-ro», «El Caballero de la traición», «San Alejandro, virgen y mártir».

Cada uno de estos folletos es una caricatura, un desahogo del espíritu y un insecticida fulminante.

Pronto se pondrá a la venta, al precio popularísimo de VEINTE céntimos.

Biblioteca de los sin Dios

Es el límite extremo del anticlericalismo, un alarde de crítica documentada contra la Religión, un puntapié certero a la clerigalla.

Es la verdad ante la mentira religiosa. Y, sobre todo, es el colmo de la audacia.

El primer número se titulará

Jesucristo, mala persona

por AUGUSTO VIVERO

Ejemplar, veinte céntimos.

Haced vuestros pedidos de estas dos colecciones, que aparecerán en breve, a **EDICIONES LIBERTAD**, Roma, 41, Madrid.